2690

Crímenes de la ambición.

Mota

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA.

CRÍMENES

DE LA

AMBICION,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL

DE JOSÉ MOTA Y GONZALEZ.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1873.

CRÍMENES DE LA AMBICION.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/crimenesdelaambi3696mota

CRÍMENES DE LA AMBICION,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

JOSÉ MOTA Y GONZALEZ.

PERSONAJES.	ACTORES.
ANGELA (niña de 12 años).	D.ª CAROLINA CAMPINI.
ELENA (su madre) . . .	» AMPARO PEÑARANDA.
BARTOLO.	D. CÁRLOS BARRILARO.
JÚDAS.	» MIGUEL PORCEL.
PERICO	» RAFAEL ROJAS.
TOMÁS.	» JOSÉ ROLDAN.
ANTONIO.	» FRANCISCO ALMONTE.
ROQUE.	» ENRIQUE DIAZ MORENO.

Acompañamiento de hombres del pueblo.

La accion es contemporá

A sus amigos los distinguidos poetas D. José de Velilla y Rodriguez y D. Cárlos Peñaranda y Escudero dedica este humilde trabajo

El Autor.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un lugar agreste.—Á la derecha, en primer término, la puerta de una choza de material, rústica, con un emparrado: á la izquierda la puerta de un chozon de paja: al fondo montes.

ESCENA PRIMERA.

BARTOLO en trage de guarda de monte, con canana y escopeta: á poco PERICO, por el foro derecha.

BARTOLO El que espera desespera, decia mi abuelo, y tenía razon; porque el tal Periquillo me vá aburriendo yá con su tardanza. ¿Si será tambien de los que halagan con la boca y muerden con la cola? No es posible; viene de buena casta. Sin embargo, ayer no pareció en todo el dia con la leche, y la pobre de mi señora y su enferma hija se quedaron sin tomarla; pero como no venga hoy con ella se vá á acordar de mi nombre, porque arrieritos somos y en el camino nos encontramos.

PERICO. *(Dentro.)* ¡Tio Bartolo! ¡Tio Bartolo!

BARTOLO Él es. Yá está aquí.

PERICO. *(Saliendo con una cantarilla al hombro.)* Buenos dias.

BARTOLO Vén con Dios, Periquillo.

PERICO. ¿Qué diria usted ayer de mí?

BARTOLO Que á pocas barbas poca vergüenza: las cosas claras.

PERICO. Lo que es vergüenza....

BARTOLO Obras son amores, Perico, y tú sabes demasiado que la leche que te he encargado no es para mí, sino para la hija de nuestro antiguo amo: la pobrecita está enferma y la tengo en la choza. Tanto tu padre que esté en gloria, como yo, recibimos muchos favores del suyo.

671631

PERICO. Es verdad, tio Bartolo. Pero oiga usted, y luégo...

BARTOLO Tienes razon. Yá puedes empezar.

PERICO. Pues empiezo por decir á usted que el amo se ha enterado.

BARTOLO ¿Y qué?

PERICO. ¡Parece que usted no lo conoce!

BARTOLO ¡Ah! Demasiado. ¿Qué te ha sucedido con él?

PERICO. Figúreselo usted. Como que ha sido rocin de molinero y ahora se ve convertido en caballo de regalo....

BARTOLO Verdad; generalmente todo el que sale de la nada y luego se ve con algo....

PERICO. ¡Y si ese algo lo hubiese ganado con el sudor de su frente! Pero usted mejor que yo sabe el embrollo que hizo con los bienes de nuestro buen amo don José; en el poco tiempo que administró el caudal se dió tales trazas, que dejó á la señorita Elena y á su pobre hija sin un cuarto.

BARTOLO Bien, Perico. ¿Qué nos importa á nosotros de la manera con que haya adquirido lo poco ó mucho que tenga? Vamos nosotros á nuestro negocio, porque hasta ahora, por una que has dado en el clavo han sido ciento en la herradura. Y en lo que no nos importa....

PERICO. Es que....

BARTOLO Mira, no hables más; si no te acomoda el amo, busca otro, y al avío. Conque á nuestro pleito. ¿Por qué no trajiste ayer la leche?

PERICO. Porque don Tadeo no quiso.

BARTOLO ¿Tú le dijiste que era para mí?

PERICO. Sí.

BARTOLO Pues entónces....

PERICO. Dile á Bartolo que cuando no lo han los campos no lo han los santos.

BARTOLO ¿La cabra de quien se extrae la leche no es mia?

PERICO. Eso le dije, y me contestó que si una sola cabra daba tanto líquido como para llenar un cántaro.

BARTOLO Piensa el ladron....

PERICO. El infame me hizo dejar la cantarilla en un rincon de la hacienda, so pretexto de que fuera al pueblo á ver si habia alguna carta para él. Fuí en efecto al pueblo y recogi la carta, pero en vez de entregársela marché en busca de las cabras, y aquí me tiene usted con la leche en otro cantarillo.

BARTOLO Gracias, Perico; perdona que haya dudado de

tí, pero en tratándose de mi pobre señora y de su hija no parto peras con nadie.

PERICO. Tiene usted razon; son muy buenas. ¿Pero tan pobres se han quedado?

BARTOLO Sí, muy pobres. Mas poco he de poder, ó las he de ver tan ricas como ántes.

PERICO. ¿Y cómo así?

BARTOLO Tengo brazos....

PERICO. Se engaña usted, tio Bartolo, porque le oí decir muchas veces al señor cura del pueblo que el que á los veinte años no es valiente, á los treinta prudente, y á los cuarenta rico, á los cincuenta es....

BARTOLO ¿Qué?

PERICO. Borrico.

BARTOLO Dice muy bien el señor cura; yá puedo irme poniendo la albarda, porque para los cincuenta me falta poco. Anda con Dios, Periquillo, que yá es tarde.

PERICO. Hasta mañana.

BARTOLO Que no faltes. Y no olvides que por oir misa y dar cebada nunca se pierde jornada, y si el amo te vuelve á reñir sin causa, le hablas al alma y vaya bendito de Dios. Te vienes á mi choza, que en ella cabe todo el mundo. El pan que yo tengo es siempre de mi amigos.

PERICO. Lo sé. Hasta mañana, tio Bartolo. *(Váse foro izquierda.)*

BARTOLO Hasta mañana, Periquillo.

ESCENA II.

BARTOLO: ELENA dentro de la choza.

BARTOLO *(Llamando á la puerta de la choza.)* ¡Señorita Elena!

ELENA. *(Dentro.)* ¿Quién llama?

BARTOLO Soy yo.

ELENA. *(Dentro.)* Aguarda un poco.

BARTOLO Aquí espero.

ELENA. *(Dentro.)* ¿Qué hora es?

BARTOLO Tarde. El sol baña yá toda la sierra. Tengo aquí la cantarilla con la leche, y la mañana es muy templada y buena para pasear.

ELENA. *(Dentro.)* Voy al momento.

BARTOLO Cuando usted guste. *(Baja al proscenio.)* ¡Pobre señora, qué buena es y qué desgraciada! Desde que se quedó viuda, yá vá para diez años, no

ha hecho más que pasar penas. ¡Así está ella, flaca, ojerosa y medio ciega de tanto llorar! Por más que me devano los sesos, no acabo de comprender cómo siendo el señorito Pepe tan rico estén la viuda y su hija en la mayor miseria. El amo socorria á todos los amigos necesitados hasta con cantidades muy crecidas. ¡Noble corazon! Yá habrá recogido el fruto de sus limosnas y estará en el cielo muy cerquita de Dios. ¡Buena diferencia vá de él al amo que tengo ahora! ¡Ese y no otro es el que tiene la culpa de la ruina del señorito, y quién sabe si hasta de su muerte! Bien administró el caudal, quedándose con todo. Razon tiene Periquillo.

ELENA. *(Saliendo de la choza.)* Buenos dias, mi buen amigo Bartolo.

BARTOLO Muy buenos, señorita Elena. Parece que se ha dormido ¿eh?

ELENA. Sí.

BARTOLO Eso prueba que la niña está mejor. ¿Ha tosido mucho?

ELENA. Nada.

BARTOLO *(Con alegría.)* Me alegro. ¿No le dije que aquí, al pié de esta sierra, se pondria buena?

ELENA. Yá el médico habia dispuesto que mudáramos de aires, pero como careciamos de los fondos necesarios para el viaje....

BARTOLO ¿Es decir, que si yo no acierto á ir por Sevilla, no cumplen ustedes con el mandato del médico?

ELENA. Ciertamente. Recurrí á vários amigos de mi desgraciado esposo y todos me volvieron la espalda. Me ven pobre y me desprecian. Sólo tú, el que ménos puede.... ¡Comemos el pan que tanto trabajo te cuesta ganar!

BARTOLO ¡Canastos! ¿Y el que yo he comido á ustedes? ¡Pues es poco lo que les debo!

ELENA. A mí nada.

BARTOLO ¿Y los seis mil reales que su marido me dió cuando yo me estaba muriendo?

ELENA. No hablemos de eso.

BARTOLO ¿Que no hable?... Sí señora. Lo diré contínuamente, á usted y á todo el mundo. Calle el que dió, sí; pero hable el que recibió. ¿Cree usted que Bartolo puede olvidar una buena accion? Nó señora: miéntras yo viva, tengo obligacion de matarme trabajando por usted, y usted no tendrá mas remedio que tomar y manejar lo poco ó mucho que yo gane.

ELENA. ¡Qué bueno eres!
BARTOLO Señora, yo soy el pan pan, y el vino vino.
ELENA. *(Secándose una lágrima.)* ¡Si viviera mi esposo!
BARTOLO Ea, á no llorar, que con las lágrimas nada se consigue; á vivir para ese ángel.

ESCENA III.

DICHOS: ÁNGELA, que sale de la choza corriendo y abraza á Bartolo.

ÁNGELA. Buenos dias, Bartolo.
BARTOLO Bien venida seas, Angelita.
ÁNGELA. ¿Han traido hoy la leche?
BARTOLO Sí, mírala.
ÁNGELA. ¿Es de la cabra canela?
BARTOLO De la misma.
ÁNGELA. ¿Y su hijito? ¡Correrá yá mucho!
BARTOLO Mucho. ¡Como que tiene dos meses!
ÁNGELA. ¡Estará tan mono! ¿Vamos á verlo? *(Elena se enjuga una lágrima, y al observarlo Angela corre á abrazarla.)* ¡Ay, mamá! ¿Por qué lloras? ¡Si estoy buena! Te ayudaré á coser en tus labores y....
ELENA. Sí, hija mia, no nos queda más recurso que ganar con nuestro trabajo el pan de cada dia.
BARTOLO ¡Canastos, pues no se me saltan las lágrimas! Miéntras yo viva, ni usted ni la niña....
ELENA. Gracias, Bartolo. Tú eres tan pobre como nosotras y no debemos....
ÁNGELA. ¿Que es pobre?
ELENA. Sí, hija mia. Lo que está haciendo es á costa de grandes sacrificios.
ÁNGELA. Pues yo lo creia rico; como siempre que iba á vernos á Sevilla nos llevaba tan buenos regalos, y ahora aquí dormimos en tan buena cama y nos dá tan bien de comer.... Es preciso, mamá, que le hagamos un regalo.
ELENA. ¿Y qué le vás tú á regalar, pobre niña?
ÁNGELA. Una faja bordada por mi mano. *(A Bartolo con cariño.)* ¿La quieres?
BARTOLO ¡Yá lo creo! Y me la pondré únicamente cuando repiquen las campanas del pueblo. *(Reparando en Tomás que baja de lo alto de la sierra.)* Mas ¿qué veo?

ESCENA IV.

DICHOS y TOMÁS.

ÁNGELA. ¡Ah! ¡Un negrito! ¡Y se dirige hácia aquí!

TOMÁS. No quisiera molestar á ustedes, pero....
BARTOLO Tú dirás, amigo.
TOMÁS. ¿Está muy léjos la hacienda del Lirio?
BARTOLO La tierra que pisas es de la hacienda.
ÁNGELA. Dile que baje, Bartolo.
BARTOLO Morenito, hazme el favor de bajar.
TOMÁS. *(Bajando hácia el proscenio.)* Con mucho gusto.
BARTOLO ¿Cómo te llamas?
TOMÁS. Tomás.
BARTOLO ¿De dónde vienes?
TOMÁS. De América.
ÁNGELA. ¡De América!
BARTOLO Claro. Todos los de su color vienen de esa tierra. ¿Y qué te trae por acá?
TOMÁS. Vengo á cumplir un encargo que me hizo mi amo ántes de morir.
BARTOLO Ajá.
TOMÁS. Si ustedes hacen el favor de decirme dónde se encuentra el caserío de la hacienda, lo agradeceré; tengo precision de hablar con el dueño.
BARTOLO ¿Con don Tadeo?
TOMÁS. Sí. Ese es el nombre de la persona que busco.
BARTOLO Mira, no tiene pérdida. En cuanto pases ese cerro verás unos olivares; el caserío está muy cerca.
TOMÁS. Muchas gracias. *(Se dirige al foro.)*
ÁNGELA. Acompáñalo, Bartolo.
BARTOLO ¿Y nuestro paseo? ¡Y que tengo que matar lo ménos un par de perdices, si nó nos quedamos sin almorzar!
ÁNGELA. Acompáñalo.
BARTOLO Aguarda: voy á acompañarte.
TOMÁS. Me alegro. Estaba sintiendo el volverme á extraviar como esta noche pasada.
BARTOLO ¿Te perdiste?
TOMÁS. Sí. Toda la noche me la he llevado de acá para allá, arrecidito de frio y muerto de hambre.
ÁNGELA. ¡Pobrecito! Vén y almorzarás con nosotros.
TOMÁS. No me detengo. Cuando cumpla con mi encargo volveré.
ÁNGELA. Te esperamos.
TOMÁS. Al momento estoy de vuelta. *(A Bartolo.)* Vamos. *(Vánse Bartolo y Tomás por el foro derecha.)*
ÁNGELA. Y nosotras nos sentarémos miéntras vuelven á la orilla del arroyo.
ELENA. Como quieras. *(Vánse por la derecha hácia detrás de la choza.)*

ESCENA V.

TADEO y ANTONIO, por la izquierda.

TADEO. ¿Estás cierto de que hay una mujer y una niña?
ANTONIO Sí señor.
TADEO. ¿Quiénes serán?
ANTONIO No he logrado verlas de cerca.
TADEO. ¿Y dices que Periquillo viene todas las mañanas á traerle una cantarilla con leche?
ANTONIO Sí señor. Todas las madrugadas lo veo llenar la cántara y dirigirse con ella hácia este sitio.
TADEO. Bien, Antonio; vigila y dame cuenta de todo lo que veas: tú eres el único de mis dependientes fiel y honrado; por eso te he distinguido y te he dado tierras en propiedad para que las labres á tu antojo.
ANTONIO Es mucha verdad. Pero, bien mirado, si usted me ha dado tierras para que las labre á mi antojo, yo en cambio le he servido en algunos negocios muy comprometidos, y que bien pudiera haber ido á presidio por hacerlo.
TADEO. Calla, Antonio, esas cosas no se dicen.
ANTONIO Yá lo creo; pero á usted que las sabe....
TADEO. Sí; mas si alguien se enterase nos perderiamos.
ANTONIO Descuide usted. Mi lengua guarda mi pellejo.
TADEO. *(Ap.)* Y el mio.
ANTONIO Conque si usted no manda nada, me voy hácia mi choza.
TADEO. Nada, Antonio, que estés siempre al acecho....
ANTONIO Descuide usted. Hasta otro rato, don Tadeo. *(Se vá por el foro derecha.)*
TADEO. Anda con Dios.

ESCENA VI.

TADEO: á poco PERICO.

TADEO. ¿Conque Bartolo tiene convidados? Bien sabe él que no gusto de ellos. *(Reparando en la cántara.)* Aquí está el cuerpo del delito. Yá encontré lo que venía buscando. *(Examinándola.)* ¡Y está casi llena! ¡Infames! ¡Ladrones! Nó, pues ésta no la han de aprovechar. *(Tira la cantarilla fuera de la escena.—Se oye dentro cantar á Perico.)* Ahí está el otro tuno.
PERICO. *(Sale por la izquierda del foro.)* ¡El amo!
TADEO. El mismo, que viene á vigilar á sus dependien-

tes, y vé con disgusto que los que más favores le deben son los que cumplen peor. ¿Habia en el pueblo alguna carta para mí?

PERICO. Sí señor; *(dándosela)* tómela usted. *(Ap.)* De hoy no pasa que yo le diga á éste las tres verdades. *(Alto.)* Quiero que sepa usted, don Tadeo, que tanto el tio Bartolo como yo no cesamos de trabajar....

TADEO. No lo haceis del todo mal. De ámbos venía ocupándome precisamente. Dime ¿sabes tú cuál es la obligacion del tio Bartolo en mi casa?

PERICO. Sí señor.

TADEO. Su obligacion es guardar la dehesa y cuidar de todo lo que hay en ella para que no lo roben. ¿No es esto?

PERICO. Sí señor; y así lo hace.

TADEO. Sí, lo hace á las mil maravillas; pero yo me tengo la culpa, pues al comprar estos terrenos debí despedirlo á él y á todos los demás.

PERICO. ¿Qué queja tiene usted del tio Bartolo?

TADEO. ¿Y me lo preguntas? ¡Robarme!

PERICO. ¿Robarle? No diga usted eso otra vez, señor, porque puede llegar á sus oidos, y....

TADEO. Eso es amenazarme.

PERICO. Nó señor. Lo que quiero es evitar un disgusto.

TADEO. Más valia que él hubiese evitado el que yo pudiera llamarle ladron.

PERICO. ¡Don Tadeo....! Pero ¿qué motivos tiene usted para llamar así á un hombre honrado?

TADEO. Vén acá. *(Lo conduce por la mano al sitio en que tiró la cantarilla.)* ¿Ves esos tiestos?

PERICO. ¿Y quién ha sido el animal que ha hecho eso?

TADEO. Yó. ¿Negarás ahora? Le dices á Bartolo que busque colocacion.

PERICO. Está bien, se lo diré; pero sepa usted que esa leche ha sido extraida de una cabra comprada por el tio Bartolo al señor Berrinche, porque necesitando de ella para la mujer y la hija de don José, nuestro antiguo amo....

TADEO. ¿Está aquí doña Elena?

PERICO. Sí señor, en esa choza.

TADEO. ¿Y quién le ha dado permiso á Bartolo para que admita á nadie en su choza?

PERICO. Pues qué ¿necesita permiso para eso?

TADEO. Yá lo creo. ¿Acaso no soy yo el dueño de todo el coto?

PERICO. Sí. Pero de la choza, miéntras sea guarda, lo es el tio Bartolo, y además, yo creo que en nada

le ofende ni nada le quita con tener á esa familia ahí dentro.

TADEO. No quiero que mis dependientes tengan convidados.

PERICO. Me extraña, don Tadeo, que se oponga usted á que la señorita Elena y su hija estén aquí, cuando de simple administradorcillo que era usted en vida de su difunto esposo....

TADEO. Bien, calla esa lengua.

PERICO. Parece que no le agrada mucho este recuerdo. Pues sí señor, de simple administrador pasó usted al poco tiempo á dueño del caudal que administraba, por los embrollos que hizo.

TADEO. No me alces el gallo.

PERICO. ¿Y llama usted ladron al hombre más honrado que hay en estos contornos?

TADEO. Corriente. Márchate.

PERICO. En eso estoy, en marcharme para siempre, porque al lado de usted se pierde más que se gana.

TADEO. Perico, véte y no me comprometas.

PERICO. Sí, me voy, pero ántes de marcharme quiero decirle tres verdades. Usted ha hecho mucho daño, don Tadeo, y tiene que pagarlo. Y tenga usted presente que á cada cerdo le llega su San Martin, y el San Martin de usted está muy cerca. Quede usted con Dios. *(Váse foro.)*

ESCENA VII.

TADEO.

¡Oh! Le cobré miedo. Yá me las pagarás. *(Abre la carta.)* Veamos lo que me dice mi hermano desde América. En su anterior me aseguraba que para el inmediato correo habria logrado su objeto. *(Lee.)* «Querido hermano, yá murió mi principal; gran trabajo me ha costado; no he visto naturaleza que resistiera más á la accion de un veneno tan activo como el que le he estado aplicando en cuantos alimentos tomaba. Pero al abrirse el testamento, hermano mio, me he encontrado con que deja por heredera de todos sus bienes á la niña Angela Nuñez, y no á mí, como me lo tenía ofrecido; advirtiendo que si pasado un año no se presentare en ésta la referida niña á tomar posesion del caudal, entónces entramos á heredarle yó y un negro llamado Tomás. Me apresuro á escribirte ésta pa-

ra que evites por cuantos medios estén en tu mano que esa niña llegue aquí. El negro ha desaparecido, mas si apareciese yo me encargaré de él. No olvides que el caudal asciende á diez millones; obra con acierto y la mitad será tuyo.—Júdas.» *(Guardando la carta en una cartera que deberá tener en el bolsillo derecho del leviton.)* ¡Diez millones, y el único estorbo para adquirirlos es una débil niña! No es mal enemigo. Parece que la Providencia, que no siempre es del todo mala, me favorece trayéndola hasta mí! ¡Ah, allí está, detrás de esa choza! Pero no está sola, tiene á su madre al lado.... No importa; á los niños se les engaña fácilmente. *(Se oye dentro la voz de Bartolo llamando á Elena.)* ¡Ah! Bartolo. *(Se oculta en el chozon de la izquierda.)*

ESCENA VIII.

TADEO oculto: BARTOLO, que baja con precipitacion por la derecha del foro: á poco ÁNGELA y ELENA.

BARTOLO *(Con gran alegría.)* ¡Qué gozo traigo! ¡Señorita Elena! ¡Angela! Venid, yá se acabaron las miserias, yá son ustedes inmensamente ricas. *(Mirando dentro de la choza.)*

TADEO. *(Ap.)* ¿Qué oigo?

BARTOLO ¿Dónde están? ¡Oh! á orillas del arroyo. *(Váse por detrás de la choza, volviendo con Angela y Elena cuando lo indique el diálogo.)* Venid, venid pronto.

TADEO. *(Saliendo.)* ¡Maldicion! ¿Quién ha podido traer hasta aquí semejante noticia? Yá vienen. ¡Yo desbarataré tanta alegría! *(Vuelve á entrar en el chozon.)*

BARTOLO *(Saliendo con Angela y Elena.)* Otro abrazo. Quien siembra coge. El amo hizo mucho bien y ustedes lo recogen ahora.

ELENA. Mas ¿qué hay?

BARTOLO ¡Friolera! Que yá no tendrán ustedes necesidad de trabajar para comer.

ELENA. Pero explícate....

BARTOLO ¿No venía el negro Tomás preguntando por don Tadeo?

ELENA. Sí.

BARTOLO Pues era para noticiarle que han dejado una cuantiosa herencia para la niña. Mas ahí viene Tomás. Llega, llega pronto.

ESCENA IX.

DICHOS: TOMÁS y PERICO, por la derecha del foro.

TOMÁS. Hermosa niña, yá eres feliz.
BARTOLO Cierto.
TOMÁS. Mi amo al morir deja por heredera de todos sus bienes á la niña Angela, hija legítima de don José Nuñez y de doña Elena Gonzalez. ¿No es ésta?
BARTOLO La misma.
ELENA. Mas no acabo de comprender. Mi esposo no tenía parientes en América.
BARTOLO Pero tenía un buen amigo, el cual hizo toda su fortuna con el dinero que le facilitó su esposo de usted.
ELENA. ¡Su nombre!
TOMÁS. Don Cários Fernandez.
ELENA. Cierto: lo recuerdo.
BARTOLO Conque á marchar inmediatamente, porque dice Tomás que tiene una cláusula el testamento.
TOMÁS. Necesitamos presentarnos con la niña ántes del año, pues de no hacerlo así pasa el caudal á don Júdas, el que fué administrador, y á mí por partes iguales.
ELENA. ¿Y tienes tanto interés en que nos presentemos, cuando lo contrario haria tu felicidad?
TOMÁS. Señora, mi felicidad era mi amo; mi orgullo era obedecerle y mi único placer es ahora permanecer al lado de ustedes.
BARTOLO Siempre. *(Abrazándolo.)* ¡Digo, si la señora...!
ELENA. Sí, Bartolo, todos formarémos una familia; todos serémos unos. Mas con la alegría te has olvidado de dar algo de comer á Tomás.
BARTOLO Canastos, pues es verdad; pero es el caso que no hay más que una poca de leche.
TOMÁS. Me gusta mucho.
BARTOLO ¿Dónde anda el cantarillo?
PERICO. No lo busque usted, tio Bartolo, porque vino don Tadeo y lo rompió.
BARTOLO ¡Que lo ha roto! ¿Con qué derecho?
PERICO. Con el de hacer mal. Y me dijo que buscára usted colocacion.
BARTOLO ¿Me despide? ¿Por qué motivo? ¡Oh! Yo lo averiguaré, y.... *(Con acento de amenaza.)*
ELENA. Te prohibo ocuparte de ese asunto. Yá no dependes de él, sino de mí.
BARTOLO *(Calmándose.)* Es verdad. Hoy es dia de alegría y sólo debemos pensar en salir de aquí pronto.

TOMÁS. Sí, marchemos á Cádiz; tengo dinero para todo: en el primer bergantin que se dé á la vela nos embarcarémos para América.

BARTOLO Yá podemos echar á andar, porque todo nuestro equipaje lo tenemos encima. ¿No es así?

ELENA. Así es.

BARTOLO Llegarémos primero al chozon del tio Antonio; nos dará algo que comer y nos prestará su borriquilla.

TOMÁS. ¿Está muy léjos el chozon?

BARTOLO Dos leguas, pero se andan muy pronto. Perico, saca el canasto con el pan. *(Entra Perico en la choza, saliendo en seguida con el canasto.)*

TOMÁS. Pues en marcha.

BARTOLO Un momento. ¿Qué apostais á que ántes de llegar al chozon del tio Antonio he matado seis perdices?

ÁNGELA. Un beso por un pellizco.

BARTOLO Apostado vá. Andando. *(Vánse todos con gran alegría por la izquierda del foro.)*

TADEO. *(Saliendo con precaucion del chozon.)* El infierno me ayude. ¡Oh! No llegaréis á Cádiz. Yo estaré ántes que ustedes en la choza del tio Antonio. *(Váse por la derecha.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro estará dividido en dos partes, una alta y otra baja.—La baja representa el interior de una choza, que ocupará más de la mitad de la escena.—La puerta de entrada estará en el costado derecho y bien en primer término.—Desde esta puerta, á lo largo de la choza, por la parte de afuera, un banco rústico: á la izquierda una chimenea, con leña ardiendo en ella; una mesa tosca y algunos banquillos; un cántaro, una botijilla, un jarro, platos toscos, un caldero pendiente de un clavo en el tronco de un árbol, un candil encendido.—La parte que deja libre la choza monte escabroso.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIO: TADEO, que baja de la montaña con precipitacion, llega al banco que está colocado en el exterior de la choza y se sienta en él.

TADEO. *(Con señales de cansancio.)* Antonio, Antonio.
ANTONIO *(Dentro de la choza.)* ¿Quién me llama?
TADEO. Yo.
ANTONIO *(Saliendo de la choza.)* ¡Don Tadeo! ¿A estas horas por aquí? Viene usted muy fatigado.
TADEO. Sí, he venido de prisa, muy de prisa; he venido corriendo. Dame una poca de agua.
ANTONIO Al momento. Voy por ella. *(Entra en el chozo.)*
TADEO. Creí llegar tarde, pero veo que mis piernas sirven todavía. He llegado ántes que ellos. ¡Oh! he corrido mucho.
ANTONIO *(Saliendo de la choza con un jarro y una botija.)* Aquí está el agua. Mas si viene usted sudando, le aconsejo la mezcle con un poco de aguardiente. Aquí tiene la botija.
TADEO. Ponla encima de este asiento. En refrescándome un poco la tomaré.
ANTONIO ¿Y á qué debo el gusto de ver á usted por aquí?
TADEO. *(Poniéndose de pié y con misterio.)* Necesito hablarte.

ANTONIO Yá puede usted empezar.
TADEO. ¿Estás solo?
ANTONIO Sí señor.
TADEO. ¿Enteramente solo?
ANTONIO Sí.
TADEO. ¿Nadie puede oirnos?
ANTONIO Nadie.
TADEO. ¿Estás seguro?
ANTONIO Segurísimo. Pero ¿á qué tanta precaucion?
TADEO. Porque el asunto de que vengo á hablarte lo requiere. Si alguien se enterase, nos perderiamos.
ANTONIO Puede usted hablar descuidado.
TADEO. Antonio, tú sabes que siempre te he apreciado, y que te he distinguido entre todos mis dependientes.
ANTONIO Es mucha verdad. Doy á usted las gracias....
TADEO. Nó, no te lo digo porque me lo agradezcas. Te he distinguido por la fidelidad y....
ANTONIO Señor, yo siempre he procurado agradarle.
TADEO. Lo sé. Por eso he preferido ocuparte en el asunto que traigo entre manos.
ANTONIO Y creo no ha de pesarle el haberse acordado de mí. Veamos, ¿de qué se trata?
TADEO. De un negocio que si, como espero, salimos de él felizmente, asegura tu porvenir. Por lo pronto cuenta con mil reales.
ANTONIO ¡Mil reales! Vaya, señor, usted quiere bromearse conmigo.
TADEO. No es broma.
ANTONIO Pero explíquese usted. ¿Qué es lo que debo hacer para que sea mio ese dinero?
TADEO. Te lo diré, pero has de ser muy reservado.
ANTONIO Esa advertencia está de más: diga usted lo que hay que hacer, y se hace, como ha sucedido otras veces; que después de hecho, si me dán tormento no han de sacarme una palabra del cuerpo.
TADEO. Eres todo un hombre. ¡Ay, Antonio, como se consiga mi objeto te voy á dar toda esta hacienda!
ANTONIO Hablemos despacio, don Tadeo. Usted es bueno y formal, pero en tratando de dar, la verdad, no tiene su merced nada de rumboso. Yo veo en este negocio dos cosas; ó usted trata de pasar el rato divirtiéndose á mi costa, ó el asunto que trae entre manos es demasiado sério.
TADEO. Te diré. No me gusta ser despilfarrado, porque

si tiro los pocos cuartos que tengo me quedaré sin ellos. Digo que te voy á hacer dueño de esta hacienda, porque tengo proyectado un viaje á América, y miéntras esté por allí, tú quedarás representándome en todos mis bienes.

ANTONIO Comprendo.

TADEO. Respecto al asunto en que quiero ocuparte, es muy sencillo.

ANTONIO Diga usted.

TADEO. Tu mision no vá á ser otra que detener por esta noche en tu choza á una familia que vá á llegar muy pronto á ella, para lo cual lo primero que has de hacer es ocultar la borriquilla.

ANTONIO ¿Nada más hay que hacer?

TADEO. Nada más.

ANTONIO ¿Y por hacer eso solo me dá usted los mil reales?

TADEO. Sí.

ANTONIO No lo creo. Algo más habrá que hacer.

TADEO. Tal vez.

ANTONIO Pues desembuche pronto y no gaste rodeos. Sabe usted demasiado que soy capaz de pegarle fuego á la choza cuando estén todos dentro.

TADEO. *(Con alegría.)* ¿Sí? Quizás tengamos que venir á parar en eso.

ANTONIO ¡Cómo! ¿Prender fuego al chozon?

TADEO. No te espantes. ¿Tú mismo no me lo has propuesto?

ANTONIO Bien, pero del dicho al hecho....

TADEO. ¡Silencio! ¿No oyes ruido?

ANTONIO Es el viento.

TADEO. Nó. Tal vez sean ellos. *(Se oye dentro la voz de Perico que llama á Antonio.)* ¡Periquillo! ¿Dónde me oculto?

ANTONIO En la choza.

TADEO. Pues anda y llévate la burra; pronto, que no la vean. *(Empujándolo.)*

ANTONIO Voy al momento. *(Váse derecha.)*

ESCENA II.

TADEO: PERICO, que baja por los montes de la derecha del foro y vé á aquél ántes de que pueda entrar en la choza.

PERICO. ¡Ah de la choza! ¿Qué veo? ¿el amo aquí?

TADEO. Me cogió.

PERICO. *(Bajando.)* ¡Hola, don Tadeo!

TADEO. Dios te guarde, Periquillo.

PERICO. Él guarde á usted, y que sea cuanto ántes.

TADEO. ¿Siempre de broma?
PERICO. ¡Soy muy bromoso! Y ¿qué le trae por aquí? porque usted es pajarraco de mal agüero.
TADEO. Déjate de bromas, muchacho. Por lo que me gusta tu genio te voy á hacer muy pronto aperador.
PERICO. Muchas gracias. Yá tengo colocacion.
TADEO. ¿Te vás?
PERICO. Sí señor.
TADEO. ¿Por la broma de esta mañana? ¡Qué diablo! ¿Y á quién vás á servir?
PERICO. A un negro.
TADEO. ¿A un negro? ¡Qué ocurrencia! ¿Y vás á tener valor de servir...?
PERICO. ¡Pues no lo he tenido para servir á usted tantos años, que es mil veces peor que un mulato!
TADEO. ¡Já, já! *(Ap.)* Yá me las pagarás. *(Alto.)* ¡Já, já! ¡Irte con un negro y abandonarme á mí, sabiendo lo que te quiero!
PERICO. ¿Usted cariño? El del asno, coz y bocado. Vamos ¿por dónde anda el tio Antonio?
TADEO. No lo sé, porque yo acabo de llegar.
PERICO. Bien habrá usted corrido, porque no hace muchas horas que nos vimos bastante léjos de aquí y yo he venido á buen paso.
TADEO. Pues yo no he venido muy de prisa. ¿Te habrás detenido en el camino?
PERICO. Parece mentira que sea usted tan viejo y tenga tan buenas piernas.
TADEO. Sí que las tengo, gracias á Dios.
PERICO. Ó al demonio. ¿Y qué le ha traido por aquí?
TADEO. Lo que me dá la gana. ¡Vaya, que me vás aburriendo, y si no te callas....!
PERICO. ¡Já, já! ¡Si no tiene usted más que pico! ¡Ojalá tuviera usted otra cosa!
TADEO. ¿El qué?
PERICO. Vergüenza.
TADEO. ¡Perico!

ESCENA III.

DICHOS: ANTONIO por la derecha.—Tadeo se sienta en el banco que está unido á la choza.

ANTONIO ¿Quién favorece mi choza?
PERICO. Yo, tio Antonio.
ANTONIO ¡Hola, Periquillo, ¿qué te trae por acá?

PERICO. Me ha dicho el tio Bartolo que si tiene usted algo que comer lo prepare al momento, y que le ponga el aparejo á la burra para marcharse con ella en seguida.

ANTONIO Le dices al tio Bartolo que comida tengo, y buena; pero que la burra la mandé hace poco al pueblo con una carga de leña, y hasta mañana no vuelve.

PERICO. Pues voy á salir á su encuentro y se lo diré.

ANTONIO Yá sabes que comida hay en abundancia.

PERICO. Me alegro, porque todos deben traer buenas ganas.

ANTONIO ¿Son ustedes muchos?

PERICO. Cinco.

ANTONIO ¿Y no han tomado nada por el camino?

PERICO. Sí, pan y bellotas.

ANTONIO ¿Nada más?

PERICO. Nada más. Teniamos una buena cántara con leche para migarla, pero llegó una bestia y la rompió.

ANTONIO ¿Y la vertió toda?

PERICO. *(Mirando con intencion á Tadeo.)* Claro. Era una bestia mayor.

TADEO. *(Ap.)* Yá las pagarás.

ANTONIO Lo siento. Pues anda y diles que vengan cuando quieran. Voy á calentar medio borrego que tengo ahí.

PERICO. Hasta luego, tio Antonio.

ANTONIO Hasta luego, Periquillo.

PERICO. *(Al marcharse.)* Don Tadeo.... *(Váse foro derecha.)*

TADEO. Anda con Dios, niño. Anda con Dios.

ESCENA IV.

TADEO y ANTONIO.

TADEO. *(Levantándose con precipitacion.)* Antonio, es necesario que esa familia que viene con Bartolo se quede aquí esta noche; es preciso que duerma dentro del chozon.

ANTONIO Quedarse se quedarán, se lo aseguro; pero dormir.... si no tienen sueño....

TADEO. ¡Oh! Yo haré que lo tengan.

ANTONIO ¿Y cómo

TADEO. *(Sacando una caja pequeña.)* Con esto. Échalo al momento en la comida.

ANTONIO ¡Canastos, don Tadeo!

TADEO. Échalo, no temas.

ANTONIO Ván todos á reventar.
TADEO. No importa.
ANTONIO Yo no hago eso. Mándeme usted matar á un hombre, si le estorba, y lo mato frente á frente, cuerpo á cuerpo. Pero envenenar.... yo no enveneno.
TADEO. Si sigues con esos escrúpulos no lograrémos entendernos.
ANTONIO De hecho no nos entenderémos en la vida.
TADEO. Pero.... no seas obcecado. Esta pasta no envenena.
ANTONIO Pues ¿qué hace?
TADEO. Adormecer. Échala.
ANTONIO No la echo.
TADEO. Es ópio.
ANTONIO Conforme.
TADEO. Y el ópio tiene la propiedad de adormecer, pero no de matar.
ANTONIO ¿Qué fin se propone usted con hacer dormir á esa gente?
TADEO. Que me digan una cosa que deseo saber.
ANTONIO ¿Y aguarda usted á que duerman para saberlo?
TADEO. Sí.
ANTONIO Don Tadeo, cuando se duerme, generalmente no se habla.
TADEO. Antonio, dejemos esto.
ANTONIO Eso será lo mejor. Voy á poner el caldero en la candela.
TADEO. ¿No accedes á mis deseos?
ANTONIO De ningun modo. ¿Si quiere usted entrar en la choza...?
TADEO. *(Incómodo.)* Nó.
ANTONIO Como usted quiera.
TADEO. Cuidado con decir una palabra.
ANTONIO Descuide usted.
TADEO. Si te preguntan por mí diles que me he marchado.
ANTONIO Corriente. *(Entra en la choza, pone el caldero á la candela y prepara la mesa.)*
TADEO. ¿No quieres ayudarme...? ¡Oh! Tambien morirás. ¡Siento ruido! Ellos son. *(Váse por detrás de la choza.)*

ESCENA V.

ANTONIO dentro del chozon.—ANGELA, ELENA, BARTOLO, TOMÁS y PERICO, por el foro derecha.

ÁNGELA. ¡Una choza! ¿Es ésta, Bartolo?
BARTOLO Esta es. ¡Antonio!

ANTONIO Yá están ahí. *(Sale de la choza.)* Bien venidos.
BARTOLO Aquí estamos todos y con apetito.
ANTONIO Pues id entrando en la choza.
BARTOLO ¿Está la comida lista?
ANTONIO Poco le falta.
PERICO. *(Ap.)* ¿En dónde se habrá metido?
BARTOLO Entremos á comer para marchar en seguida.
ANTONIO ¿Estás loco, Bartolo? ¿Vás á poner á esas señoras en camino con la tormenta que tenemos encima?
BARTOLO Hay precision de marchar al momento.
ANTONIO Pero tú mejor que yo sabes el trabajo que cuesta atravesar la sierra en una noche de temporal.
BARTOLO Y qué, no podemos perder ni un minuto.
ANTONIO Mamá, yo no camino de noche, me dá miedo de la tormenta. ¡Lo ves, yá está lloviendo!
ELENA. Es verdad. Bartolo, si te parece nos quedarémos aquí.
BARTOLO Corriente. Pues yá lo oyes, nos quedamos.
ANTONIO Me alegro. Verán ustedes qué buena noche vamos á pasar. Id entrando y arrimáos al fuego.
ELENA. Sí, entremos. *(Entran en la choza Elena, Angela y Tomás, sentándose á la mesa. Antonio entra tambien y empieza á arreglar la lumbre. Al llegar Bartolo á la puerta lo detiene Perico, llevándoselo con misterio hácia la derecha.)*
PERICO. Tio Bartolo, palabra.
BARTOLO ¿Qué me quieres?
PERICO. ¡Silencio!
ANTONIO Sentáos, que la comida está pronta. *(Se sientan á la mesa. Angela deberá colocarse muy cerca de la puerta.)*
PERICO. Aquí hay gato.
BARTOLO ¿Que hay gato?
PERICO. El tio Antonio es un pillo.
BARTOLO Ahora es un hombre de bien.
PERICO. Ahora. ¿Y ántes?
BARTOLO Bien; en su mocedad cometió algunas faltillas, pero hoy está arrepentido de ellas. Hace algunos años que nadie tiene que decir una palabra de él.
PERICO. El que hace un cesto hace ciento, tio Bartolo.
BARTOLO Vamos, dí pronto lo que hay.
PERICO. Cuando llegué aquí la primera vez me encontré con don Tadeo.
BARTOLO ¿Con don Tadeo? No es posible.
PERICO. Sí lo es.
BARTOLO Y cómo ha podido llegar aquí ántes que nosotros?

PERICO. Eso mismo es lo que me ha llamado la atencion.

BARTOLO Sí que me dá que sospechar. Perico, es preciso tener mucho cuidado con él, es muy malo. ¿Dónde se habrá ocultado?

PERICO. No andará muy léjos. El tuno del tio Antonio debe saberlo.

BARTOLO Sí, Perico. Entre los dos traman algo contra nosotros.

PERICO. ¿Se convenció usted yá?

BARTOLO Sí. *(Siguen hablando.)*

ÁNGELA. ¿Y Bartolo, Tomás?

TOMÁS. Fuera se ha quedado.

ÁNGELA. Llámalo.

TOMÁS. *(A la puerta de la choza.)* ¿Qué haces, Bartolo?

BARTOLO Voy.

TOMÁS. Yá viene. Está hablando con Perico. *(Vuelve á sentarse.)*

BARTOLO Entra en la choza, tomarás un bocadillo.

PERICO. No entro. Aquí tengo un pedazo de pan que me sobró del almuerzo; con él tengo bastante.

BARTOLO Pues anda y haz lo que te he dicho; si le encuentras, lo coges por el pescuezo y le aprietas hasta que cante de plano.

PERICO. No hay cuidado. Vigile usted bien al tio Antonio, que yo me encargo de don Tadeo.

BARTOLO Toma la escopeta, que el hombre prevenido vale por ciento.

PERICO. Venga. *(Tomándola.)*

TOMÁS. ¡Bartolo!

BARTOLO Voy. Anda, y que Dios vaya contigo. *(Bartolo entra en la choza. Perico váse por la derecha.)*

ESCENA VI.

ANGELA, ELENA, TOMÁS, ANTONIO y BARTOLO dentro de la choza. TADEO, saliendo por detrás de ella, procura enterarse de todo lo que pasa en el interior.

BARTOLO Yá estoy aquí.

TOMÁS. ¿Y Perico?

BARTOLO Fué á buscar la petaca, que se le cayó en el camino.

ÁNGELA. ¿Vendrá pronto?

BARTOLO En seguida. Antonio, ¿todavía no está eso listo?

ANTONIO Poco le falta.

BARTOLO Yá estará bueno. *(Se acerca al caldero.)*

ANTONIO *(Tomando el cántaro.)* Voy por un cántaro de

agua al manantial que está detrás de la choza. A mi vuelta podeis empezar.

BARTOLO No te detengas. *(Se pone á menear el caldero, haciéndoles por señas á Angelita, Elena y Tomás, que debe estar muy exquisito. Antonio al salir de la choza se encuentra con don Tadeo.)*

ANTONIO ¿Todavía está usted aquí? Márchese en seguida.

TADEO. Yá me voy. Pero ántes quiero beber un traguito de aguardiente. Estoy helado de frio.

ANTONIO Encima de ese banco tiene usted la botija. Beba el que quiera y márchese al momento. *(Váse por detrás de la choza.)*

TADEO. En seguida. *(Toma la botija, saca la caja con el ópio y lo mezcla con el aguardiente, agitándolo hasta que se deslía.)* ¿Y creiste, necio, que yo solo no sería capaz de lograr mi objeto? *(Vuelve á agitar el aguardiente.)* ¡Oh! Te aseguro que como bebas no vuelves á oponerte á mis casi realizados proyectos. ¡Oh hermano mio! tú eres astuto, mas no puedes ni con mucho igualarte á mí. Pongámosla en su sitio. *(Coloca la botija sobre el asiento.)* Me ocultaré, mas no muy léjos de aquí. *(Váse derecha.)*

ANTONIO *(Saliendo.)* Se marchó. Miéntras más viejo más malo. *(Coge la botija y entra en la choza. Tadeo sale en seguida, y acercándose, observa lo que pasa en el interior de ella.)* Yá estoy de vuelta.

BARTOLO Pues á comer.

TODOS. Sí, á comer.

BARTOLO ¿Tienes vino?

ANTONIO Nó; pero aguardiente muy rico, sí.

BARTOLO Es igual. Con tal de que nos quite un poco el frio y nos entone el estómago, aunque sea alquitran líquido.

ANTONIO Ahí tienes la botija. *(Dándosela.)*

BARTOLO Venga. *(La toma.)*

ÁNGELA. ¡Que te vás á emborrachar!

ELENA. ¡No bebas mucho, Bartolo!

BARTOLO ¡Quiá! Para estas noches de frio es la mejor medicina. Empiece usted.

ELENA. Me vá á hacer daño.

BARTOLO Nó tal.

ELENA. Pues bien, beberé muy poco.

BARTOLO Un buchito. *(Al verla beber.)* ¡Ajá! Ahora la niña. *(Dándole la botija.)*

ELENA. Nó.

BARTOLO Pero señora, ¿cree usted que yo pudiera dár-

selo sabiendo que habia de sentarle mal? Bebe un traguito.

ÁNGELA. Sí, mamá, por un poquito que beba....

BARTOLO Andando. En apretando los frios ustedes mismas lo han de pedir. Bebe. *(Lo hace Angela.)* ¿Qué tal?

ÁNGELA. No me gusta. Es muy fuerte.

BARTOLO ¿Que es muy fuerte? Pues verás. *(Bebe.)* ¡Aj...! ¡Qué mal gusto! Antonio, ¿qué demonios tiene este aguardiente?

ANTONIO Nada. ¡Pues si es legítimo de Cazalla!

BARTOLO *(Con intencion.)* Bebe, bebe.

ANTONIO Trae acá. *(Toma la botija y bebe.)*

BARTOLO *(Ap.)* como no beba, lo ahogo. *(Viéndolo beber.)* Bien traga. ¡Respiro! *(Quitándole la botija de los lábios.)* Basta, animal, que somos muchos, la noche larga y se aguardan frios.

ANTONIO *(Paladeando.)* Efectivamente que tiene un gusto extraño.

BARTOLO ¿No acabas de comprender que la has tenido destapada y se ha marchado el anís?

ANTONIO Vaya, pues eso será; pero tiene otro gusto muy distinto del que tenía.

BARTOLO Anda con ella, Tomás, y á comer en seguida. *(Bebe Tomás.)*

ANTONIO Sí, á comer. *(Pone el caldero sobre la mesa.)*

TADEO. *(Con alegría y observando lo que pasa dentro de la choza.)* Mi plan se realiza. Ya han bebido todos. Pero es preciso que beban más, mucho más. Lo beberán.

TOMÁS. Antes de empezar....

BARTOLO ¿Qué quieres?

TOMÁS. Que echemos otro traguito por nuestra pronta y feliz llegada á América.

BARTOLO Soberbio. Veo que lo entiendes. *(Beben todos indistintamente, sin interrumpir el diálogo. La tempestad arrecia.)*

ANTONIO Pero diantre, ¿á qué marchan ustedes tan léjos?

BARTOLO Porque la niña Angela tiene que tomar allí posesion de una gran herencia. Tomás nos ha traido la noticia.

TOMÁS. Cierto. Y que estoy deseando llegar, porque don Júdas, el hermano de don Tadeo, es muy malo y me temo haya hecho alguna de las suyas.

ANTONIO ¿Don Tadeo tiene un hermano en América?

BARTOLO Sí.

ANTONIO ¿Y está al frente del caudal que debe tomar la niña?

BARTOLO Sí. *(Angela, Elena y Tomás inclinan la cabeza sobre la mesa quedando como aletargados.)*

ANTONIO ¡Ah infame! Me parece....

BARTOLO ¿Qué? habla.

ANTONIO *(Sintiendo el efecto del narcótico.)* ¡Dios! ¿Qué es lo que siento...? ¡Bartolo, estamos envenenados! ¡Don Tadeo trata de impedir que lleguen ustedes á América! *(Cae con postracion.)*

BARTOLO ¡Gran Dios!!! *(Trata de andar y no pudiendo efectuarlo cae sin fuerzas sobre la mesa.)*

TADEO. ¡Maldito! Has descubierto mi secreto, pero en la choza quedará. *(Se dirige por detras de la choza y le pega fuego.)*

BARTOLO ¿Qué es lo que pasa por mí? ¡Las piernas me flaquean! ¡Mis ojos se cierran! ¡Estamos envenenados, dijo, y es cierto! ¡Oh! ¡Angela! ¡Señorita Elena! No contestan... ¡Maldicion! ¡Están muertas! ¡Dios mio, dadme fuerzas, dadme vida para castigar al malvado!... ¡Socorro! ¡Perico! *(Tadeo entra en la choza después de haberle pegado fuego, toma á la niña en brazos y se dispone á marchar con ella. Bartolo la ve coger, y sacando fuerzas sobrenaturales, se abalanza sobre él cogiéndolo por un faldon del gaban.* ¡Qué veo! ¿Don Tadeo aquí? ¡Ah! *(Tirándose sobre él.)* ¡Asesino!

TADEO. *(Queriendo huir con la niña.)* Suelta.

BARTOLO ¡Miserable! Deja la niña. ¡Perico!

TADEO. *(Ganando terreno hasta quedar fuera de la choza. Bartolo le sigue á rastra pero sin abandonar el faldon de la casaca.)* Suelta, suelta.

BARTOLO No tengo fuerzas. ¡Socorro! ¡Perico!

TADEO. Suelta, maldito. ¡Oh! *(Se desprende, dejando en poder de Bartolo el pedazo de gaban que tiene entre sus manos, y huye con Angela por los montes del fondo.)*

BARTOLO ¡Maldicion! *(Se incorpora para verlos huir.)* ¡Y se la lleva...! ¡Perico, Perico!!! *(La tormenta arrecia. La choza arde.)*

ESCENA VII.

BARTOLO: PERICO por la derecha.

PERICO. *(Dentro.)* ¡Tio Bartolo!

BARTOLO Llega, llega pronto.

PERICO. *(Saliendo con precipitacion.)* ¿Qué es esto?

BARTOLO Por allí vá con ella. Mátalo.

PERICO. Pero ¿á quién se lleva?

BARTOLO A la niña.

PERICO. ¡Ah!! *(Corre hácia el foro, desapareciendo de la vista del espectador; á poco suena un disparo de escopeta. Bartolo, que con la vista ha seguido á Perico, cae postrado al oir la detonacion, exclamando.)*

BARTOLO ¡Oh! La niña ó él. ¡Uno ha muerto!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Departamento de una hacienda.—Puerta á la derecha, ventana á la izquierda: puerta de entrada al foro. Algunas sillas toscas repartidas convenientemente por la escena.

ESCENA PRIMERA.

ELENA sentada, con señales de abatimiento. ROQUE de pié á su lado.

ELENA. ¡Sufro mucho! ¡Pobre hija mia!

ROQUE. Señora, está usted cometiendo una imprudencia con permanecer por más tiempo levantada. Tiene usted una fuerte calentura y debe meterse al momento en la cama.

ELENA. ¿Teme usted que pueda morir?

ROQUE. Temo, sí señora. Está usted muy delicada y le suplico no se abandone tanto al dolor.

ELENA. Estoy acostumbrada á sufrir fuera del lecho fiebres más fuertes que la que tengo en este momento. Pero mi hija, ¿qué sabe usted de mi pobre niña? Por piedad, deme usted alguna razon de ella. ¡Sufro mucho!

ROQUE. Lo veo. Por lo mismo me intereso cada vez más en descubrir su paradero. Serénese usted, que muy pronto entrará por esa puerta sana y salva.

ELENA. ¡Dios lo quiera! ¡Es tan buena, tan cariñosa! ¡Oh, cuánto estará sufriendo al verse separada de su pobre madre! ¡Qué desgraciada has nacido, hija de mi corazon!

ROQUE. Tranquilícese usted. Yá he mandado en su busca á cuantas personas útiles habia en la hacienda, las cuales no tardarán en venir con la niña y con el infame don Tadeo, el que entregarémos á la justicia para que le imponga un ejemplar castigo.

ELENA. Lo merece; es muy perverso. Toda su fortuna

la debe á los malos manejos que hizo con los bienes de mi desgraciado esposo. ¡Y ahora viene á pagarme con tan negra ingratitud!

ROQUE. ¡Qué quiere usted, señora! Por desgracia en el mundo abundan mucho los malos; mas en medio de ellos suele haber algunos buenos.

ELENA. Es verdad. Usted me dispensará no le haya dado las gracias ántes por el favor que me está dispensando. Perdóneme este olvido en vista de lo mucho que estoy sufriendo.

ROQUE. Al ocuparme de los buenos estoy muy léjos de hacerlo por mí; yo no hago nada que pueda usted agradecerme. Al llamar á mi puerta el pobre hombre que la conducia á hombros se la abrí de par en par, que es lo que acostumbro á hacer con todo el desgraciado que me necesita.

ELENA. Y Dios se lo premiará, lo mismo que al bueno de Bartolo.

ROQUE. Señora, Bartolo es un hombre que no tiene compañero.

ELENA. Es verdad. Apénas me dejó en parte segura, marchó de nuevo para buscar á mi hija.

ROQUE. De él queria hablar á usted al tratar de los buenos. A él solo debe usted agradecerle el haber llegado hasta aquí, y con seguridad la salvacion de su hija.

ELENA. ¿Lo cree usted así?

ROQUE. Se lo aseguro. Ese hombre vale mucho; pues además de su honradez tiene una fuerza de voluntad muy grande, y es difícil no consiga el objeto que se propone. Conque á acostarse y á descansar. Yo quedo velando. Le prometo que seré el primero en comunicarle la más pequeña noticia que haya de la niña.

ELENA. ¿Sea buena ó mala?

ROQUE. Sí señora.

ELENA. Haré lo que usted me aconseja. Me acostaré.

ROQUE. En ese aposento tiene usted una cama arreglada donde descansar.

ELENA. Muchas gracias. *(Váse derecha.)*

ESCENA II.

ROQUE.

Dios quiera librar á esa pobre niña de una desgracia, si no su infeliz madre sucumbiria. Está

muy delicada. Yá empieza á amanecer. *(Asomándose á la ventana.)* Ahí viene el pobre hombre que trajo á su señora. ¡Cuál se revela la tristeza en su semblante! Mucho debe sufrir.

ESCENA III.

ROQUE: BARTOLO por la puerta del foro.

BARTOLO Buenos dias, caballero.

ROQUE. Venga usted con Dios. ¿Estará usted estropeado?

BARTOLO Un poco. Conozco que no valgo lo que valia. Yá me ván faltando las fuerzas. ¿Y mi señora, dónde se halla? Quiero estar á su lado y compartir con ella sus penas, yá que no puedo hacer otra cosa.

ROQUE. Dentro de esa habitacion. Tiene una fuerte calentura.

BARTOLO *(Secándose una lágrima.)* ¡Pobrecita! Dios premiará á usted, caballero, el bien que está haciendo por ella. Lo merece, es muy buena.

ROQUE. Vamos, no llore usted. Yo no hago más que cumplir con mi deber amparando al desvalido. ¿Se han adquirido algunas noticias?

BARTOLO Ninguna. Y voy sospechando que cuando las llegue á adquirir no ván á ser muy buenas.

ROQUE. Y ¿por qué han de ser malas? Vaya, anímese usted. Yá vá amaneciendo y mis criados no tardarán en traernos al infame don Tadeo, á quien no conozco, pues hace un mes escaso que compré esta hacienda.

BARTOLO No pierde usted nada, señor, con no conocerlo; es muy malo.

ROQUE. Pero ¿qué le habrá inducido á cometer semejante atentado?

BARTOLO El estorbar que la niña pueda tomar posesion de una cuantiosa herencia.

ROQUE. ¡Diablo!

BARTOLO Es muy grave el asunto.

ROQUE. ¿Pero habrá sido capaz de hacerle daño á la niña?

BARTOLO Sí señor.

ROQUE. No es posible. Por criminal que sea un hombre, tratándose de una criatura....

BARTOLO ¡Oh! No sabe usted de lo que es capaz ese mónstruo. Primero trató de envenenarnos, luego de quemarnos vivos; gracias á la Providencia, que nos envió un fuerte aguacero y con él se apagó

el incendio de la choza en que estábamos, sirviéndonos tambien tan preciosa agua para refrescarnos en algun tanto del narcótico ó veneno que, aunque en corta cantidad, teníamos dentro del cuerpo.

ROQUE. ¿Y los compañeros que estaban con usted dentro de la choza? ¿qué fué de ellos?

BARTOLO No lo sé. Traté de despertarlos del letargo en que estaban y no pude.

ROQUE. ¿Habrán muerto?

BARTOLO No lo creo.

ROQUE. ¿Y no ve usted la mano de Dios en todo cuanto ha pasado? La tormenta, la lluvia que tan á tiempo cayó para que no muriéseis achicharrados; las fuerzas que recuperásteis, tan sobrenaturales como para conducir á hombros á una pobre mujer que se hallaba imposibilitada de seguiros, salvando con acierto los innumerables precipicios que tiene la áspera sierra que habeis atravesado en una noche de temporal. ¡Oh! no cabe duda, la niña vive, no ha muerto. Dios quiere poner á prueba vuestra virtud para luego colmaros de felicidades.

BARTOLO Todo eso podrá ser una verdad, pero yo no veo la mano de Dios en que don Tadeo, que hace años viene cometiendo muchas maldades, se haya salido siempre con la suya. ¡Oh! Pero lo que hace esta, yo le aseguro....

ROQUE. Verá usted lo que tarda el momento de la expiacion. *(Ruido de voces fuera.)* Mas ¿qué ruido es ese? *(Asomándose á la ventana.)* Mis criados traen preso á un hombre.

BARTOLO *(Asomándose tambien.)* A ver. Sí, él es. Pero ¿y la niña? ¡Maldicion! No viene con ella. *(Se dirige al foro.)*

ROQUE. *(Deteniéndolo.)* ¿Dónde vá usted?

BARTOLO A matar á ese infame.

ROQUE. Los tribunales de justicia le juzgarán. El deber de usted en este momento es colocarse al lado de esa señora para impedir que se entere de la desgracia de su hija, si es que ha muerto.

BARTOLO ¿Muerta? ¡Oh, nó! *(Transicion.)* ¿Pero es posible, señor? *(Suplicante.)*

ROQUE. En esa habitacion está doña Elena. Ese es su puesto de usted.

BARTOLO Sea. *(Entra con abatimiento.)*

ESCENA IV.

ROQUE: TADEO, que será empujado por PERICO y vários escopeteros al presentarse en escena por la puerta del foro. Vendrá amarrado por los brazos. Su trage estará deteriorado, faltándole al gaban el faldon que Bartolo le arrancó al concluirse el segundo acto.

PERICO. *(Empujando á Tadeo.)* Adentro.

ROQUE. *(Después de una corta pausa.)* Desatad á ese hombre.

PERICO. Quietos. ¡Cuidado quién toca á un nudo de esos cordeles!

ROQUE. Desatadlo he dicho. *(Los criados desatan á Tadeo.)*

PERICO. Corriente. Pero al primer paso que dé le suelto un tiro.

TADEO. Doy á usted las gracias, caballero, por haber mandado quitar esos cordeles que tantos dolores me causaban. Deseo saber su nombre para vivirle siempre agradecido y remunerar en la primera ocasion que se presente el beneficio que me acaba de dispensar.

PERICO. *(Ap.)* ¡Qué hipócrita!

ROQUE. No he mandado quitar á usted esos cordeles para que me lo agradezca; considero pocos, muy pocos los dolores que experimenta para los que debia estar sufriendo.

PERICO. Es mucha verdad.

TADEO. ¿Quién le ha dado permiso para insultar de ese modo grosero á un hombre honrado?

ROQUE. A los honrados y buenos no acostumbro á hablar de esa suerte, pero sí á los malvados y criminales como usted.

TADEO. ¿De manera, que usted me toma tambien por un criminal como esta mala gente?

ROQUE. Tomo á usted por lo que es, por un hombre hipócrita é infame.

TADEO. Está bien.

ROQUE. Y le advierto que toda esa mala gente, como usted la llama, son todos criados mios, á cual más honrados, y no hacen otra cosa que cumplir con su deber trayéndole hasta mí.

TADEO. ¿Es usted juez acaso?

ROQUE. Soy un simple particular.

TADEO. ¿Y desde cuándo un particular tiene facultades para mandar prender á otro? ¿Qué derecho...?

ROQUE. Derecho el que tiene el hombre bueno sobre el malo.

TADEO. Y aunque así fuera, no es usted el llamado á entender en este asunto.

ROQUE. Soy el llamado á mandar que lo fusilen en el acto.

PERICO. Eso, sí señor, eso.

ROQUE. ¡Silencio!

PERICO. Es que si usted no lo manda matar pronto me encargo yo de hacerlo sin autorizacion de nadie.

ROQUE. He dicho á usted que calle.

PERICO. Y yo obedezco. Mas quiero advertirle que ese tuno sabe mucho, es muy hipócrita, y temo que de continuar hablando por más tiempo le pruebe que es el hombre más cándido é inocente del mundo.

ROQUE. Antes de mandarlo prender tomé muy buenos antecedentes de su persona.

PERICO. Yá eso es otra cosa.

TADEO. ¿Y quién ha podido dar á usted malos antecedentes mios?

PERICO. ¡Toma! Todo el que le conozca. Eso es claro.

ROQUE. Bien, calle usted. ¿Dónde ha dejado usted la niña que robó anoche del lado de su madre?

TADEO. ¡Yo robar una niña! ¿Quién ha contado á usted semejante mentira?

ROQUE. Testigos del hecho.

TADEO. ¿Dónde están esos testigos?

PERICO. Aquí. Yo.

TADEO. Mientes.

PERICO. Cuidado con lo que se habla, don Tadeo ó don Lucifer.

TADEO. ¡Noble venganza, Perico, después de haberme comido el pan tantos años! Mas no aguardaba otra cosa de un ladron como tú.

PERICO. *(Levantando la escopeta para acometerle.)* ¿Yo ladron?

ROQUE. *(Deteniéndolo.)* ¡Quieto, Perico, quieto!

PERICO. Nó señor, yo no permito que me llame ladron el hombre que tiene por oficio robar. Yo no puedo consentir por más tiempo que siga negando delante de mí y de la manera tan descarada é insolente como lo está haciendo, porque desde el momento en que prendió fuego al chozon, y huyó con la niña, he seguido sus pasos y he andado toda la noche detrás de él, como un podenco que sigue á un conejo.

TADEO. Cuidado, que yo no niego que tú hayas andado toda la noche siguiendo á un hombre. Lo que sí niego es que sea yo el autor de todos esos horrorosos crímenes.

ROQUE. Me extraña que tenga usted tanta serenidad.
TADEO. Eso le probará que mi conciencia está limpia, y que no son ciertos los crímenes que se me imputan.

ESCENA V.

DICHOS: BARTOLO por la derecha.

BARTOLO ¡Eso prueba, miserable...!
TADEO. ¡Ah! ¡Bartolo!
BARTOLO Que tienes por oficio practicar esos monstruosos crímenes. Eso prueba que en saber hacer daño tienes muy pocos que te igualen. *(A Roque.)* Suplico á usted, caballero, que mande salir de esta habitacion á sus criados. Quiero hablar un momento á solas con ese hombre. *(Roque manda salir á sus criados, los que se marchan por la puerta del foro en union de Perico. Bartolo, al ver que se queda Roque, le dice.)* Dispense usted, necesito estar completamente solo.
ROQUE. Está bien. *(Váse foro.)*

ESCENA VI.

TADEO y BARTOLO.

BARTOLO Yá estamos solos. A mí no tratarás de negarme nada de cuanto hayas hecho, pues sabes que te conozco demasiado. Me creias muerto, pues alza la frente y mírame; mírame y te convencerás de que en esta ocasion te has engañado. Mírame, verás cómo ni tus venenos ni la hoguera que me improvisaste han podido concluir conmigo. Tú no contabas con que existe un Dios que proteje al inocente y castiga al culpable.
TADEO. ¡Bartolo!
BARTOLO Parece mentira que seas tan infame y tan malo. Si todo el cuidado que has tenido en tus muchos años en hacer mal, lo hubieras empleado en aprender á practicar el bien, estarias á estas horas más adorado que un santo en un altar.
TADEO. Bartolo, hablemos en razon.
BARTOLO ¿En razon? Nosotros no podemos hablar yá más que á trastazos. Terminemos pronto. ¿Dónde has dejado la niña? Responde. ¿Dónde la has dejado? Porque yo no puedo suponer que la hayas hecho daño alguno.

TADEO. No te entiendo. ¿De qué niña me hablas?

BARTOLO ¡Miserable! ¿Tambien á mí vas á negarme...?

TADEO. Á tí y á todo el mundo. Ya estoy cansado de escuchar tamañas imposturas.

BARTOLO Esa negativa me hace sospechar que has llevado á cabo tu infame propósito. ¡Ay de tí, mónstruo excecrable, como hayas tocado á un sólo cabello de la niña!

TADEO. Ya te guardarás de tocar á mi persona, porque entónces haré que todo el rigor de la ley caiga sobre tí.

BARTOLO ¡Infame! ¿Vás á invocar justicia, cuando estás á dos dedos del patíbulo?

TADEO. ¡Del patíbulo!

BARTOLO Sí. Tengo pruebas para llevarte á él. Ese pedazo de faldon que falta á tu derrotado gaban, y que te fué arrancado en el momento de cometer el robo, lo tengo yo.

TADEO. ¿Tú?

BARTOLO Sí. Con él venía un bolsillo.

TADEO. Sí.

BARTOLO Y dentro de ese bolsillo estaba una cartera. Mírala.

TADEO. ¡Gran Dios! ¿Y la has abierto?

BARTOLO Sí, al romper el dia.

TADEO. ¿Qué has hecho?

BARTOLO Enterarme de la infame correspondencia de dos viles hermanos.

TADEO. ¡Oh!

BARTOLO ¿Ves cómo tengo pruebas para que te ahorquen al momento? ¡Oh, y que no tardaré mucho en presentarlas!

TADEO. *(Ap.)* ¡Maldicion! ¡Estoy perdido! ¡Ha descubierto mi secreto y el de mi hermano!

BARTOLO Voy á llamar para que te amarren de nuevo.

TADEO. Un momento. Tú conoces mi caudal, pues todo, todo será tuyo si me entregas esa carta.

BARTOLO No quiero tu mal ganado caudal. Tengo más gusto en verte patalear en la horca. *(Se dirige al foro para llamar, volviendo la espalda á Tadeo.)*

TADEO. *(Aparte y sacando un puñal.)* ¡Ah! Mi muerte es cierta. *(Alto.)* ¡Muere! *(Le acomete.)*

BARTOLO *(Se vuelve rápidamente, saca una pistola y le apunta.)* ¡Quieto!

TADEO. *(Retrocediendo.)* ¡Oh!

BARTOLO ¿Te has olvidado de que en el mismo bolsillo en que venía la cartera habia tambien una pistola?

TADEO. ¡Maldicion! *(Tirando el puñal.)*

BARTOLO Y que esta es de las que no marran, porque está cargada y cebada por tus mismas manos; por lo tanto puedes perder toda esperanza. *(Á la puerta del foro.)* Adelante. Entren todos.

ESCENA VII.

DICHOS: ROQUE y los escopeteros por la puerta del foro.

BARTOLO ¡Amarradlo! Yá ha confesado todos sus crímenes. Vamos á buscar á la niña. *(Los escopeteros amarran á Tadeo fuertemente.)*

TADEO. Voy á morir, sí; mi muerte es cierta. *(Gozoso).* Apretad, apretad bien. Mas por mucho que apreteis no volverá á la vida la niña.

BARTOLO ¡Dios! ¿Qué dice ese hombre?

TADEO. Que muero habiendo logrado mi objeto.

BARTOLO *(Apuntándole.)* Mientes.

TADEO. Tira. Ahórrame morir en el suplicio. Mátame. Á la niña la arrojé por una barranca. Ya habrá dejado de existir.

BARTOLO ¡Oh! *(Monta la escopeta.)* ¡Fuera! *(Con entonacion á los escopeteros para que se separen de Tadeo, al cual apunta.)*

ESCENA VIII.

DICHOS: PERICO por la puerta del foro.

PERICO. *(Entrando con precipitacion y demostrando gran alegría.)* Ahí viene. Yá la traen. *(Bartolo deja de apuntar á Tadeo.)*

BARTOLO ¿Á quién?

PERICO. Á la niña.

BARTOLO ¿Muerta?

PERICO. ¡Qué muerta! Viva y muy viva. Yo la he visto. El tuno de don Tadeo la tiró á una barranca, y no llegó abajo porque se quedó enganchada por el vestido.

TADEO. ¡Maldicion!

BARTOLO ¡Gracias, Dios mio, gracias! ¿Y quién la sacó del abismo?

PERICO. El negro Tomás. *(Acercándose á la ventana.)* Miradlo, ahí está yá con ella. *(Corre á abrir la puerta del foro, que queda de par en par.)*

BARTOLO *(Mirando por la ventana.)* Cierto. *(Á la puerta de la habitacion en que está Elena.)* ¡Señorita

Elena, la niña está salvada! Ahí viene con Tomás.

ELENA. ¡Ah! ¿Dónde está mi hija?

ESCENA IX.

DICHOS: TOMÁS trayendo en brazos á ÁNGELA.

TOMÁS. Aquí.

TADEO. ¡¡Oh!!

ÁNGELA. *(Abrazando á Elena.)* ¡¡Madre de mi alma!!

ELENA. ¡¡Hija de mi corazon!!

BARTOLO Marchemos con este mónstruo para entregarlo á los tribunales, y en seguida á América. *(Sale Perico seguido de los escopeteros, que conducen en medio á Tadeo, y eae el telon.)*

FIN.

NOTA.—Por una distraccion involuntaria, se ha puesto en la lista de personajes JÚDAS en vez de TADEO.